

## I

El *Crystal Palace* es el mejor símbolo de la larga era victoriana. Inaugurado en 1851, con motivo de la “Gran Exposición de los Trabajos de la Industria de todas las Naciones”, era el fiel reflejo de la paz, el apogeo imperial y la creciente prosperidad británica. Con sus 3.300 pilares de hierro, 2.224 viguetas y 300.000 cristales sostenidos por 205.000 marcos de madera, sus 72.000 metros cuadrados dieron cobijo a las 14.000 firmas que exhibieron allí sus productos. Era el edificio de mayores dimensiones del mundo (superando en cuatro veces la superficie de San Pedro de Roma) y fue considerado una maravilla de la técnica del momento y obra maestra de la era mecánica. Dicho lo cual, tal vez no haga falta insistir en que, con este ejemplo de hasta dónde podía llegar la prefabricación inglesa, el sistema de producción en serie llegaba a su mayoría de edad. Su esbeltez de líneas y el magnífico acabado parecían reflejar la luz de una metrópoli que retaba altivamente al resto del mundo.

Su vertiginosa instalación en seis meses, en medio de Hyden Park, llamó la atención de multitud de personas. Entre ellas, la de un pimpollo de Liverpool, William Stanley Jevons, que estudiaba en el *University College* de Londres y contaba entonces 16 años. Deslumbrado por el brillante Palacio de Cristal, el joven Jevons comenzó a creer a ciegas en el progreso y el avance científico que anunciaba la Exposición Universal, también llamada el “lugar de los lugares”. Como muchos ingleses de su época, el majestuoso edificio le hacía sentir orgulloso de formar parte de la grandeza británica.

El *Crystal Palace* también representaba la capacidad de producción a que había llegado Gran Bretaña en su última fase industrial. En el ecuador del siglo el Reino Unido había dado el “gran salto adelante” y podía ufanarse de estar muy por encima de cualquier otro país en cifras de producción industrial y comercio exterior. Acaparaba la mitad de la producción de lingotes de hierro del mundo y en los treinta años siguientes esas cifras llegaron a triplicarse. Fue esa expansión productiva la responsable de que la bandera inglesa dominase todos los mares del planeta. Gracias a esos barcos y a la potente industria de la construcción naval, el comercio británico superaba en 1870 al de Francia, Alemania e Italia juntos y era cuatro veces mayor que el de los Estados Unidos. Nadie podía competir en costes con los productos británicos.

El mediodía del siglo XIX fue la época del humo y el vapor. Durante siglos la producción carbonífera había sido medida en millones de toneladas; ahora la

contabilidad mundial se hacía en cientos de millones y en cada país en decenas de millones. Pero lo realmente llamativo es que cerca de la mitad de esa producción procedía de Gran Bretaña, que en 1850 explotaba 2,5 millones de toneladas, cantidad inimaginable en cualquier otro lugar del planeta<sup>1</sup>.

La época del humo, el vapor y la arquitectura ferro-vítrea fue también la era del ferrocarril. Inauguradas las primeras líneas ferroviarias entre Stockton-Darlington (1825) y Liverpool-Manchester (1830), el año cumbre fue 1847, con la contratación de 250.000 hombres en el tendido ferroviario, el 4 por ciento de los ocupados. A lo largo de las décadas de 1830 y 1840, hasta una quinta parte de la producción de la industria mecánica se estima que se dedicó a los ferrocarriles británicos; sólo en el año estrella la inversión ferroviaria absorbió el 7 por ciento de la renta nacional.

Si al hierro, al carbón y al vidrio unimos los espectaculares progresos en los tejidos y, sobre todo, el algodón, que entre 1850 y 1860 dobló su producción, podemos concluir que la Gran Bretaña de 1850 era, sin duda, el “taller del mundo”. Los industriales británicos confiaban en sí mismos para resolver cualquier problema técnico. Las consecuencias del crecimiento no se hicieron esperar. El sistema incrementó las rentas reales: un flujo cada vez mayor de bienes y servicios alcanzaba al menos favorecido de los británicos (excluyendo, por supuesto, a los irlandeses)<sup>2</sup>.

Ahora bien, los logros indiscutidos de la industria británica de mediados del siglo XIX no pueden ocultar sus límites. La industria de la que podían sentirse orgullosos muchos ingleses no era todavía la de las fábricas y las máquinas modernas. Hacia 1850 el sistema fabril sólo predominaba en la industria de paños de lana y algodón. Pero incluso en la pañería los obreros que trabajaban en fábricas eran superados de lejos por los que trabajaban de forma manual. Y cuando pasamos a otros sectores, es todavía más claro que el aumento del empleo industrial no fue debido a las fábricas y sí a la persistencia de la producción artesanal en pequeña escala, es decir, a esos pequeños patronos que se valían de un puñado de oficiales y aprendices especializados<sup>3</sup>.

---

<sup>1</sup> E. Hobsbawm, **La era del capital, 1848-1875**, Barcelona, 1998, pp. 51-52.

<sup>2</sup> S. Pollard, **La conquista pacífica. La industrialización europea, 1760-1970**, Zaragoza, 1991, pp. 44-46.

<sup>3</sup> R. Samuel, “The Workshop of the World: Steam Power and Hand Technology in mid-Victorian Britain”, **History Workshop**, 3, 1977, pp. 6-72; J. Rule, **Clase obrera e industrialización. Historia social de la revolución industrial británica, 1750-1850**, Barcelona, 1990, pp. 20-29.

Sea como fuere, los ingleses de pro estaban satisfechos de su industria y los progresos materiales que comportaba. Las clases medias y altas de la sociedad victoriana alababan esta prosperidad sin límite y el largo período de paz que la acompañaba. En la política, lord Palmerston era su portavoz más afamado; en la poesía destacaba lord Tennyson, y en la historia lord Macaulay. Una embriagadora autocomplacencia distinguía el “espléndido aislamiento” británico, de modo que parecía que las clases acomodadas podían vivir sin preocuparse del resto de los problemas humanos. El desarrollo material acabó de la mano de una profundización en el sentimiento religioso que inundó la vida social inglesa de la época. Ese despertar de la conciencia religiosa afectó a las diversas confesiones cristianas del Reino Unido, desde los más oficialistas anglicanos a los disidentes unitarios. En suma, la misma sociedad autosatisfecha que se regocijaba al contemplar el Crystal Palace, era también la que en 1850 ponía el grito en el cielo cuando John Everett Millais decidía utilizar modelos de carne y hueso para representar a la Sagrada Familia en ese icono del prerrafaelismo que es el *Cristo en la casa del carpintero*.

La consecuencia política de este esplendor económico fue trascendental, porque la mejora del nivel de vida general permitió que los gobiernos respiraran tranquilos al ver cómo se evaporaban las esperanzas revolucionarias. Fueron los años de la desaparición del *cartismo*, ese impresionante movimiento en favor de los derechos civiles -reivindicaba el sufragio universal y secreto, la inmunidad parlamentaria, las elecciones anuales y la igualdad en los distritos electorales- que en tiempos no muy pasados había conseguido aglutinar a buena parte de la clase obrera. Los restos del naufragio cartista serían recogidos por la izquierda radical del liberalismo; pero lo cierto es que durante un tiempo los políticos británicos dejaron de preocuparse por la reforma parlamentaria<sup>4</sup>.

Junto, o mejor dicho, frente a esta sociedad opulenta, estaban los trabajadores y trabajadoras que día a día ponían en marcha los telares, los martinets o los fuelles que impulsaban la industrialización mecánica. La Gran Bretaña que en 1830 contaba con más de 16 millones de habitantes -más del doble que en 1750- ocupaba en la industria a muchos de sus hombres y mujeres (el 40 por ciento). Esta clase obrera había experimentado un gran aumento cuantitativo y concentrado en un importante número de

---

<sup>4</sup> Una apasionante síntesis del cartismo en G. Stedman Jones, “Reconsideración del cartismo”, **Lenguaje de clases. Estudios sobre la historia de la clase obrera inglesa (1832-1982)**, Madrid, 1989, pp. 86-174.

ciudades donde antes no existía ninguna actividad manufacturera. De hecho, las ciudades estaban experimentando variaciones espectaculares: las 51 que en 1750 superaban los 5.000 habitantes eran 287 un siglo después. Entre todas estas ciudades e industrias sobresalían los tejidos de Manchester y Leeds, y la metalurgia de Sheffield y Birmingham (los elementos estructurales del Crystal Palace habían concitado el concurso de muchos artesanos de Birmingham). Pero la industrialización se caracterizó por ser tan urbana como regional, de modo que a mediados del siglo XIX los productos y regiones que dieron el toque distintivo a Gran Bretaña fueron el algodón de Lancashire, los estambres y paños del West Riding de Yorkshire, la minería de hierro y carbón de Staffordshire, y las polifacéticas regiones industriales que rodeaban a Glasgow y Londres<sup>5</sup>.

## II

El comienzo de este crecimiento, la década de 1830, fue un tiempo repleto de acontecimientos. En medio de una profunda crisis financiera no fue uno menor el ascenso en 1837 a la jefatura del Estado de la reina Victoria, monarca que en su largo mandato (hasta 1901) respetaría la constitución, devolvería la estabilidad al país y se convertiría en su símbolo durante años. Tampoco fueron de escasa entidad la efervescencia del *owenismo* y el *cartismo*, y la violenta oposición campesina y obrera a la introducción de maquinaria, manifestada en las revueltas del *Capitán Swing* y el *Rey Ludd*<sup>6</sup>. Por esas mismas fechas, a la abolición de la esclavitud le siguieron nuevas leyes de pobres que imponían el trabajo obligatorio en los hospicios. Estas instituciones de reclusión y los cinturones de pobreza que rodeaban los centros manufactureros fueron ampliamente descritas en el *Oliver Twist* de Charles Dickens (1838).

En esa Inglaterra, mitad conformista, mitad rebelde, nació William Stanley Jevons el 1 de septiembre de 1835<sup>7</sup>. Era el noveno hijo de una prestigiosa y acomodada

---

<sup>5</sup> B. R. Mitchell, **Statistical Appendix**, 1700-1914, Londres, 1971; Phyllis Deane y Alan Cole, **British Economic Growth 1688-1959**, Cambridge, 1967, pp. 23, 142-143, J. de Vries, **La urbanización de Europa, 1500-1800**, Barcelona, 1987, p. 91, cuadro 4.9.

<sup>6</sup> E. J. Hobsbawm y G. Rudé, **Revolución industrial y revuelta agraria. El capitán Swing**, Madrid, 1985.

<sup>7</sup> Para seguir los rasgos biográficos de Jevons sigue resultando imprescindible la consulta de **Letters and Journal of W. Stanley Jevons**, editado por su viuda en 1886 sólo cuatro años después de su

familia mercantil de Liverpool que había ganado una buena posición gracias a la expansión comercial que acompañó a fines del XVIII la revolución industrial. Los Jevons eran una familia culta que contaba con buenas y numerosas relaciones en las principales familias intelectuales de la época. En la primera mitad del siglo XIX constituían, sin entrar en los círculos universitarios, la intelectualidad de Liverpool, Manchester, Leeds y Birmingham, y se convirtieron en el eje central de la fundación Bentham (creada en 1826), el *University College* de Londres y el *Owens College* en Manchester (fundado en 1846). Entre estas clases mercantiles, a las que pertenecían los Jevons, no era de escasa importancia el componente religioso. La familia de Jevons era Unitaria y él mismo nunca abandonó esta fe<sup>8</sup>.

Sabemos algo más de sus padres. El cabeza de familia era un vivaz y arriesgado comerciante de hierro, muy interesado en las innovaciones mecánicas y en todo tipo de arriesgadas aventuras inversoras; también aficionado a la literatura jurídica y económica. Su madre escribía poesías y era la primogénita de la familia de William Roscoe, abogado y banquero de Liverpool, coleccionista e historiador erudito.

Hasta 1845 la felicidad define el ambiente familiar de Jevons; pero, al cumplir éste los diez años, la muerte de su madre inauguró una rápida sucesión de tragedias familiares. A las enfermedades de varios de sus parientes le siguieron las muertes prematuras de otros. La revolución industrial también dejó su reguero de efectos perniciosos en la familia de Jevons. No en vano, la crisis del ferrocarril de 1847 implicó la quiebra financiera de muchas casas de negocios, entre ellas la bancarrota de las empresas familiares de los Jevons en enero de 1848. La quiebra afectó dramáticamente a toda la familia, pero especialmente a Jevons que también vería pronto la muerte de su padre. A comienzos de la década de 1850 estaba solo a cargo de una larga prole de hermanos.

Jevons, sin embargo, no descuidó su vida académica. En 1846 había ingresado

---

fallecimiento. De las notas biográficas contenidas en esta obra se beneficiarían con posterioridad los dos principales estudios sobre la vida y obra de Jevons: en primer lugar, el discurso pronunciado en abril de 1936 en la *Royal Statistical Society* por John Maynard Keynes con motivo del centenario del nacimiento de Jevons, y reproducido en J. M. Keynes, **Ensayos biográficos. Políticos y economistas**, Barcelona, 1992, pp. 119-17; y, después, el estudio introductorio de **Papers and Correspondence of William Stanley Jevons. Vol. I, Biography and Personal Journal**, editado por R. D. Collison Black y Rosamond Könekamp, Londres, 1972.

<sup>8</sup> Jevons creía en la existencia de un creador, pero no en la inspiración y autoridad de la Biblia. A lo largo de su vida nunca cambió su visión Unitaria por lo que lejos de la Ortodoxia siguió negando la doctrina trinitaria de la Deidad y el sacrificio de Cristo. Los antecedentes familiares pueden seguirse en detalle en **Papers and Correspondence...**, pp. 2-18.

en el *Mechanics Institute High School* de Liverpool, donde desde muy pronto destacó por su disposición para el estudio de la economía, inclinación que puede explicarse por el trasfondo familiar e intelectual no conformista y por la tradicional lucha de Liverpool contra la pobreza. No en vano, la gran expansión del puerto y la situación geográfica de la ciudad facilitaban la llegada de una riada de pobres irlandeses y galeses. El joven e inquieto Jevons sabía que la pobreza y sus efectos eran peores en Liverpool que en cualquier otra ciudad, y que ésta era pionera en la prestación de servicios sociales.

En 1851, a la edad de dieciséis años, Jevons ingresaba en el *University College* de Londres. La metrópolis era un monstruo de dos millones y medio de habitantes, que amenazaba con crecer a razón de casi 50.000 almas al año. Con estas cifras era más fácil convencerse de que la “salud pública” era trascendental para el orden social. Las principales epidemias de cólera ocurrieron entre 1849 y 1854. Por aquellas fechas, Edwin Chadwick y Soutwood Smith trabajaban para mejorar el suministro de agua, los dispositivos de las aguas residuales, la mejora de las calles y otros servicios necesarios para la higiene y la salud. El mentado Charles Dickens se esforzaba en una campaña personal para la reforma sanitaria, y en su novela *Bleak House* (1853) volvía a ver la luz el Londres pobre. Charles Kingsley escribió *Alton Locke* en 1850, y él y sus *Socialistas Cristianos* legalizaron sus sociedades cooperativas en 1852. El pobre de Londres y su forma de vida fueron documentados por Henry Mayhew y Charles Knight. Dentro y fuera del Parlamento, Lord Shaftesbury buscaba medidas para mejorar las chabolas, el alojamiento habitual de la clase obrera más desfavorecida<sup>9</sup>.

Jevons descubrió Londres por sí mismo. A través de su diario puede observarse que la principal ocupación de sus ratos libres era dar grandes paseos por los barrios comerciales e industriales, y también por los barrios pobres. Así lo había hecho Dickens antes que él, y Alfred Marshall lo haría más tarde. Pero la pobreza no agotaba el interés de Jevons. Por entonces ya se mostraba interesado en el “mecanismo industrial de la sociedad”. 1851 era el año de la Gran Exposición del *Crystal Palace*, en donde vimos al joven Jevons impresionado por la riqueza nacional, las nuevas máquinas y los productos de las colonias, en crudo contraste con la miseria de las chabolas. A esa temprana edad,

---

<sup>9</sup> **Papers and correspondence...**, pp. 16-17. Para adentrarse en el Londres que conoció Jevons son de gran utilidad los trabajos de E. P. Thompson y E. Yeo (eds.), **The Unkown Mayhew. Selections from the Morning Chronicle, 1849-1850**, Londres, 1971 y L. D. Schwarz, **London in the age of industrialisation: entre peneurs, labour force and living conditions, 1700-1850**, Cambridge, 1992.

Jevons sentaba las bases de su interés por el estudio de las clasificaciones de los oficios y el desarrollo y estructura de las ciudades. No era un interés al margen de las preocupaciones sociales de la época. A comienzos de la década de 1850 el problema de las clasificaciones ocupacionales derivaba de la confección del famoso *Censo de 1851*. Y en los esfuerzos por mejorar las condiciones sociales subyacía la lucha política. El fervor del joven Jevons por los temas económicos no era sino el reflejo del conflicto suscitado entre dos bloques: por un lado, las nuevas clases comerciales e industriales y los liberales de Gladstone, que abogaban por introducir el Libre Comercio; y, por otro lado, los *tories* y los intereses de los terratenientes por conservar el proteccionismo.

La rueda de la fortuna seguía girando contra Jevons. Siendo adolescente y sin haber acabado los estudios en el University College, las dificultades financieras de la familia le forzaron a emigrar a Australia, no sin antes aprender en un laboratorio de Londres los rudimentos básicos del ensaye de los metales preciosos, pues iba a trabajar como ensayador en la Real Casa de la Moneda de Sydney<sup>10</sup>. Desde el descubrimiento en 1851 de varias minas auríferas en Australia, la “fiebre del oro” había desencadenado un flujo sin precedentes de inmigrantes ingleses, inmortalizado en *The last of England*, el cuadro en el que Ford Madox Brown reflejó la partida del escultor Woolner hacia las Antípodas. Tras la prohibición de los viajes de los proscritos, Woolner, Jevons y otros emigrados pertenecientes a profesiones mercantiles y liberales contribuyeron a la transformación espectacular de la economía australiana, que pasó de la exclusiva dedicación ganadera al crecimiento del comercio y la industria. Las señales del futuro desarrollo económico eran ya visibles en Australia cuando Jevons visitó las áreas más dinámicas. Los problemas que tanto le interesaban -el crecimiento económico y el desarrollo de las nuevas ciudades- estaban tan presentes en Inglaterra como en Australia, una de esas nuevas regiones donde, en palabras de Engels, “se creaban mercados de la nada”, y, por tanto, un lugar donde Jevons podía aprender mucho sobre economía y los logros del liberalismo.

La aventura australiana de Jevons duró cinco años (1854-1859) y supuso un avance en su retraining psicológico. En las Antípodas vivió casi totalmente apartado, y sólo tras muchas reticencias participó en los acontecimientos sociales de la vida

---

<sup>10</sup> La aventura australiana en **Papers and correspondence...**, p. 18-33. Un trabajo que aclara cómo el ritmo de crecimiento salarial en ciertos oficios australianos se relacionó con la migración, es el de J. Hagan y C. Fisher, “Piece-work and some of its consequences in the printing and coal mining industries in Australia, 1850-1930”, **Labour History**, 25, nov. 1973, pp. 19-39.

colonial. El trabajo y el estudio sistemático de Australia y Nueva Gales del Sur fueron las actividades centrales de su estancia. No dejó nada sin investigar: el clima, la geografía, la geología, la topografía y la flora; también la organización social, económica y política (incluidas las tipologías ocupacionales). Sin duda, lo que más llamó la atención de la mente despierta de Jevons fue la meteorología, actividad a la que dedicó estudios empíricos que le proporcionaron un puesto permanente en los anales científicos de Australia. El estudio de los meteoros le permitió descubrir la importancia de las matemáticas. Allí también comenzó a elaborar su visión sobre el “egoísmo”; sin duda, la base de su subjetiva teoría marginal del valor o, dicho de otro modo, la aproximación utilitaria del comportamiento económico del hombre<sup>11</sup>.

El trabajo en la Casa de la Moneda de Sidney le permitió ahorrar y poder cumplir su sueño de regresar a Inglaterra para culminar su formación académica. Así, pese a las posibilidades que se le abrían en Australia, volvió a Londres y en octubre de 1859 reemprendía sus estudios en el University College. Su correspondencia revela su determinación a adquirir gran maestría en matemáticas, así como el rápido desarrollo de su interés en la lógica, la filosofía y la teoría de la economía política. Su objetivo: dedicarse a investigar y escribir, con el fin de completar sus estudios y convertirse en un autor independiente. Su afición a la lectura le llevó a la economía política y la estadística. Ya en 1857, con 21 años de edad, incluyó en su diario la frase “Trabajo escrito sobre economía formal”.

En 1860 descubrió la “verdadera teoría de la economía”, la teoría de la utilidad. En 1862 comenzaban cuatro años de febril trabajo intelectual, pero también de infelicidad. Sin empleo, solo y desfallecido, no tuvo más remedio que vivir de sus ahorros de Australia. En aquel año envió a la *British Association for the Advancement of Science* un escrito titulado “*On the Study of Periodic Commercial Fluctuations, with Five Diagrams*”, pero el valor de esta obra sólo sería reconocido muchos años después, cuando John M. Keynes sostuvo que “*esta breve memoria, de menos de doce páginas, señala el comienzo de una nueva era en la ciencia económica. Otros, antes que Jevons, habían observado cambios estacionales y alternancias de negocios buenos y malos. Él no fue el primero en traducir en diagramas la estadística económica [...], pero Jevons compiló y sistematizó las estadísticas económicas con un nuevo propósito y las elaboró*

---

<sup>11</sup> Es decir, las bases de su “Breve Estimación de una Teoría General matemática de Economía Política”, de 1862 y que más tarde sería presentado como **La Teoría de la Economía Política** (1871).



*de forma original*”<sup>12</sup>.

La British Association hizo caso omiso de la obra de Jevons y éste tuvo que seguir recurriendo a sus ahorros australianos para publicar los diagramas que preveían la evolución de los negocios. La edición también pasó sin pena ni gloria, y apenas fue mencionada en *The Times* y *The Economist*, las revistas prestigiosas del ramo. Y como los fracasos nunca vienen solos, al año siguiente sólo logró vender 74 ejemplares de su pequeño ensayo sobre el oro. La sensación de abatimiento, soledad e incompreensión hizo mella en Jevons, que escribía en su diario: “*Para mí es evidente que no merece la pena seguir escribiendo obras que cuestan mucho trabajo y mucho dinero, y que ni una sola alma advierta su existencia*”<sup>13</sup>.

Por fin, en 1863, Jevons recibía una buena noticia: era admitido como profesor en el *Owens College* de Manchester, donde impartiría docencia durante trece años. Su actividad investigadora adquirió entonces un ritmo frenético. En el verano de 1864 aprovechó la interrupción del curso académico para viajar a Londres y trabajar en una investigación sobre el carbón. Su “encierro” en el *British Museum* duró hasta el 1 de septiembre y el libro fue publicado en abril de 1865. La suerte de Jevons cambió, de hecho, con la publicación de *La Cuestión del carbón*. Según Keynes “*pocos días le bastaron a Alexander Macmillan [el editor] para percatarse de que le había enviado un best-seller. Al cabo de un año el éxito era completo*”<sup>14</sup>. Macmillan envió un ejemplar al primer ministro Gladstone, y éste invitó a Jevons a hacerle una visita. Jevons estaba exultante y apuntó en su diario: “*Mi visita a Gladstone es un acontecimiento tan sorprendente – entrevistarme como autor con un gran ministro en la cima de su poder – que difícilmente lo podré olvidar*”<sup>15</sup>.

En 1865 leyó en la *Statistical Society* su obra *On the Variation of Prices and the Value of the Currency since 1782*, en la que continuó desarrollando la teoría de los

---

<sup>12</sup> J. M. Keynes, *Ensayos biográficos.....*, p. 129.

<sup>13</sup> *Letters and Journal...*, p. 181. Sensación de abatimiento que contrasta vivamente con lo que opinaba el citado Keynes sobre su ensayo sobre el oro: “*Por su incesante fertilidad y por su originalidad de pensamiento -aplicado con toque firme y control infalible del material a una masa de estadísticas que implicaba inmensas fatigas para un hombre solo que abría un camino sin precedentes, sin disponer, además, de medios que le ahorraran trabajo-, este opúsculo no tiene rival en la historia de la economía. Los numerosos diagramas y mapas que lo acompañan son, asimismo, sumamente interesantes para la historia de la descripción estadística*”, *Ensayos biográficos...*, p. 132.

<sup>14</sup> J. M. Keynes, *Ensayos biográficos...*, p. 126.

<sup>15</sup> *Letters and Journal...*, p. 226.

números-índice y culminó la inmensa tarea de remontarlos hasta el siglo XVIII. Al año siguiente leyó ante la misma Sociedad su estudio *On the Frequent Autumnal Pressure in the Money Market, and the Action of Bank of England*. Estas memorias revelan que se había iniciado una estrecha y fecunda colaboración entre Jevons y la Sociedad. Pero, pese a su éxito, los años de sufrimiento y fracaso habían dejado secuelas psicológicas en Jevons, y en los primeros meses de 1866 padeció de depresiones y crisis de ansiedad.

Ese año fue nombrado profesor de lógica, filosofía mental y moral, y economía política en el *Owens College* de Manchester. La década que transcurre entre 1866 y 1876 se caracterizó por compaginar los estudios de economía con los de lógica, y también por su boda en 1867 con Harriet Ann Taylor, la tercera hija de John Edward Taylor, el fundador y propietario del *Manchester Guardian*. A través de su mujer emparentó con influyentes personalidades del momento.

Tras su matrimonio pasarían diez años hasta que volviera a abordar una investigación estadística de envergadura, pero continuó con sus estudios teóricos. Sin conocer las obras de Cournot, Thünen o Gossen, en 1871 publicaba la *Teoría de la economía política*, su principal aporte a la teoría económica. Dejemos al mismo Jevons que nos explique su tesis principal, la nueva teoría del valor:

*“El hecho es que el trabajo una vez consumido no influye sobre el valor futuro de ningún artículo: desaparece y se pierde para siempre. En el comercio, el pasado es siempre pasado, y cada vez partimos de cero, estimando los valores de las cosas a la luz de su utilidad futura. La industria es esencialmente prospectiva, nunca retrospectiva, y es raro que el resultado de una empresa coincida exactamente con las primeras intenciones de sus promotores.*

*Pero, si bien el trabajo no es la causa determinante del valor, es, en gran número de casos, la circunstancia determinante, en el modo siguiente: El valor depende únicamente del grado final de utilidad. ¿Cómo podemos modificar este grado de utilidad? Teniendo mayor o menor cantidad de mercancías para consumir. ¿Y cómo obtener una cantidad mayor o menor de ellas? Consumiendo más o menos trabajo al hacer provisión de ellas. Según esta concepción, entre trabajo y valor existen dos estadios. El trabajo influye en la oferta, la oferta influye en el grado de utilidad que regula el valor, o la relación de intercambio. Para que no haya posibilidad de error sobre esta serie importante de relaciones, la repetiré en forma tabular, como sigue:*

*El coste de producción determina la oferta;  
La oferta determina el grado final de utilidad;  
El grado final de utilidad determina el valor*<sup>16</sup> .

La economía moderna acababa de nacer con esta obra, en la que se daba a conocer una nueva teoría del valor basada en evaluaciones subjetivas, el principio de la utilidad marginal y la técnica del álgebra y los diagramas. Pero muy pocos, ya por desconocimiento ya por envidia profesional, se dieron por enterados. La repercusión primera del libro fue de una tremenda ignorancia, de lo que es buena muestra que sólo se vendieran mil ejemplares en los siete primeros años. Los economistas posteriores tampoco entendieron el fracaso del genial libro de Jevons. El siempre citado Keynes es el más indignado por este ninguneo: *“Es sorprendente que el libro no hubiera obtenido un éxito inmediato. Las únicas reseñas de alguna importancia, sobre la que fue su primera comparecencia en letra impresa, fueron las de Cairnes, representante de la vieja generación, y la de Alfred Marshall, representante de la joven. Cairnes declaraba que su ignorancia de las matemáticas le impedía entender la mayor parte del libro, pero ello no era óbice para que concluyera que todo él era un error. Marshall era tibio y desgano”*<sup>17</sup>.

La fría reseña de Marshall deja entrever sus dificultades para aceptar que Jevons se había adelantado a sus descubrimientos: *“El valor principal de este libro no radica en la relevancia de su teoría, sino en el modo original de abordar un cierto número de cuestiones menores, en las observaciones llenas de sugerencias, en el cuidado análisis. Nos encontramos continuamente con viejos amigos vestidos con ropa nueva... Por ejemplo, es una verdad familiar que la utilidad total de cualquier mercancía no es proporcional a su grado final de utilidad... Pero el profesor Jevons ha hecho de ella la idea dominante del vestido con el que presenta un buen número de hechos económicos”*<sup>18</sup>.

Los traspés de Jevons con la crítica económica ni impidieron sus avances científicos ni su ascenso académico. En 1872 fue elegido miembro de la *Real Society*, y de 1875 a 1879 llevó a cabo sus estudios sobre las fluctuaciones comerciales y su

---

<sup>16</sup> **Teoría de la economía política**, 4ª. edición preparada por H. Stanley Jevons (1911), Londres, p. 164. .

<sup>17</sup> Claro que, según Keynes, *“Marshall era extraordinariamente renuente a admitir que le debiera algo a Jevons”*. **Ensayos biográficos...**, pp. 144-145.

<sup>18</sup> Citado en Keynes, **Ensayos biográficos...**, p. 196.

relación con los ciclos de las manchas solares. De la misma época data una serie de artículos atacando los postulados lógicos y filosóficos de Stuart Mill, que dominaban en los planes de estudio de aquellos años. En 1876 dejó Manchester al aceptar un puesto como profesor de economía política en el *University College* de Cambridge, pues sólo le obligaba a una conferencia semanal y le permitía investigar y escribir. En 1877 fue elegido segundo secretario de la *Statistical Society* y miembro del consejo de la misma.

En 1880 su salud se complicó y abandonó la enseñanza para poder dedicarse por completo a sus tareas preferidas. En los últimos años de su vida Jevons pudo escribir con autoridad sobre los más variados temas sociales que en aquel momento eran motivo de debate. En estos textos dedicó muchas páginas al papel del Estado en los asuntos económicos y sociales, y, por supuesto, a la actitud que el gobierno demostraba a la hora de organizar el trabajo; tema éste que es el alma de su último libro, *El Estado y los Trabajadores* (1882). Ese mismo año fue elegido vicepresidente de la *Royal Statistical Society*. Un domingo de agosto de 1882 se sintió mal tomando un baño en Galley Hill cerca de Hastings y se ahogó. Tenía sólo 46 años y dejaba a su viuda con tres pequeños (un varón y dos niñas). Con el tiempo, su hijo Herbert Stanley acabó estudiando economía política, y una de sus nietas también fue seducida por la economía. Pero, a diferencia de Marshall, a su muerte Jevons no reunió un grupo de discípulos aventajados que le reconocieran como el creador de una escuela de prestigio.

Al final de su vida había conseguido el reconocimiento que siempre buscó, pero la soledad acompañó su peregrinaje académico e investigador. En buena medida era la misma incompreensión de su entorno la que acabó por modelar un carácter profundamente introvertido que le obligaba a trabajar solo. Pero dejemos que sea Foxwell, uno de sus mejores amigos, el que le describa: “*no hablaba mucho, nunca hubo un orador peor que él, la gente no asistía a sus clases, trabajaba a ráfagas fulgurantes y nunca conseguía llevar nada a buen término*”. Para acabar, añadía, “*el único punto que Jevons tenía a su favor es que era un genio*”. Por ser un genio, su vida deja el sabor amargo de la incompreensión de los pioneros<sup>19</sup>.

### III

---

<sup>19</sup> La impresión de fracaso fue destacada por el profesor Bonar en J. M. Keynes, **Ensayos biográficos...**, pp. 166; la opinión de Foxwell procede de la misma obra, pp. 160-161.

*El Estado y los trabajadores* fue el último libro que Jevons editó en vida, fruto de sus preocupaciones finales por los problemas laborales y las posibles soluciones que el Estado podía ofrecer en este campo. Jevons era hijo de su tiempo. A mediados del siglo XIX los postulados ideológicos de los economistas políticos se basaban en un individualismo extremo: la autoconfianza y la autosuficiencia. Rasgos que se adaptaban a la personalidad de Jevons. Si seguimos a Keynes y avanzamos un poco más en las ideas políticas de Jevons, descubrimos a “un buen victoriano“ que se oponía a las concepciones de la extrema izquierda. Es más, el mismo Jevons afirmaba que era favorable a un partido conservador “deseoso de asegurar a toda costa la continua y exclusiva prosperidad de nuestro país como principal baluarte del bien general”, así como de un partido liberal “menos cauteloso, más inclinado a confiar en principios abstractos y en las libres tendencias de la naturaleza”. Extraña poco, por tanto, que Jevons, como muchos de sus conciudadanos de las clases medias y altas, abogase por una sociedad donde el individuo fuese el centro de la vida social y el Estado quedase relegado a un papel reducido. Tampoco que fuese en su Inglaterra natal donde se fraguase la fórmula del crecimiento económico: el liberalismo económico<sup>20</sup>.

Esta doctrina, es de sobra conocido, tenía entre sus objetivos la supresión de las barreras institucionales al libre movimiento de los factores de producción y la libre empresa, y a todo lo que pudiera impedir su crecimiento. Por ello, tras dismantelar las prohibitivas Leyes de Cereales de 1846, el gobierno británico abandonó completamente el proteccionismo (aunque mantuvo las barreras arancelarias a efectos fiscales). En la misma línea hay que entender la abolición de las Leyes de Navegación de 1849, mientras que los presupuestos de 1853 y 1860 vinieron a completar la marcha hacia la política clásica del libre comercio. El ejemplo de la “locomotora” inglesa influiría en los gobiernos y la opinión pública de los restantes países.

A nadie se le escapa que estas medidas de fomento del liberalismo implicaban el replanteamiento del papel del Estado. Desde el siglo XVIII Inglaterra ya se caracterizaba por su Estado minimalista, el también denominado *nightwatchman* o

---

<sup>20</sup> Como revela Collison Black, en **Papers and Correspondence...**, p. 51, “Jevons, con su creencia en el progreso y en varios otros aspectos, era un victoriano “típico”; lo que coincide con J. M. Keynes, **Ensayos biográficos...**, p. 121. Jevons tuvo una actividad política muy escasa. A diferencia de Mill o Marshall que frecuentaron los debates y la amistad de los líderes obreros, de Jevons sólo se conoce un cierto interés político en Manchester, donde fundó una sociedad de debates con otros profesores del Owens College y unos cuantos estudiantes. Pero la aventura fue muy limitada en número y duración.

“Estado del vigilante nocturno”. La primacía de este tipo de Estado era uno de los objetivos de las clases medias debido a razones de economía y de preferencia de un sistema fiscal menos oneroso; idea que había calado en la disidencia unitaria -a la que pertenecía la familia Jevons-, porque para esta corriente el régimen antiguo era un Estado aristocrático diseñado para perpetuar la corrupción, el poder y el patronazgo de la aristocracia. En consecuencia, cualquier ampliación de la actividad estatal era concebida como una extensión a su vez del privilegio y la corrupción. Por su parte, para las clases trabajadoras, el Estado minimalista no era un objetivo a alcanzar, sino parte de esa hostilidad ambiental que les exigía buscarse su propio sistema de ayuda. Tras varias generaciones de trabajadores procurándose sus propios medios de reproducción, muchos desconfiaban del Estado y sus intentos de participación en el bienestar social<sup>21</sup>.

Paradójicamente, la “Gran Depresión” de 1873 a 1896 vino a convertir al Estado en una necesidad. La gravedad de la crisis explica la urgencia y dimensión de los remedios propuestos. Es cierto, con todo, que dicha crisis no fue tan dramática como la de 1929 a 1934 -cuando la economía capitalista casi se detuvo por completo-; no obstante, los contemporáneos sabían que el gran auge capitalista de los años precedentes era ya agua pasada. La gran depresión de 1873 inauguró, en efecto, una nueva era que abrió grietas en los sólidos pilares del liberalismo triunfante.

El cambio de rumbo que se percibe en los últimos escritos de Jevons revela bien a las claras que nuestro autor había percibido la trascendencia de la mutación de aquellos años. Keynes, en referencia a este período de su vida y al nuevo campo de investigación que comenzaba a explorar, le define como un “apasionado individualista”<sup>22</sup>. Ya a finales de los años sesenta, Jevons abogaba por la desaparición de los hospitales libres y cualquier otro tipo de instituciones benéficas de asistencia médica, pues responsabilizaba a estas instituciones de minar el carácter de los pobres. O, dicho en sus propias palabras: “...*el conjunto de esas instituciones caritativas fomenta en las clases más pobres un sentido de dependencia de las clases más ricas en lo que respecta a exigencias normales de la vida a las que se les debe incitar a atender por sí mismos (...). No cabe suponer que ya se haya alcanzado el punto en el que será*

---

<sup>21</sup> F. M. L Thompson, “¿Peculiaridad británica? La asociaciones voluntarias y la formación de la sociedad industrial en el siglo XIX”, en S. Castillo y J. M. Ortiz de Orruño (coords.), **Estado, protesta y movimientos sociales. Actas del IIIer. Congreso de Historia Social de España**, Vitoria, 1998, p. 327.

<sup>22</sup> J. M. Keynes, **Ensayos biográficos...**, p. 155.

*posible prescindir de la caridad pública o privada de una clase hacia otra, pero creo que debemos mirar hacia un estado de cosas de este orden. El verdadero progreso tenderá a hacer que cada clase sea dueña de sí misma e independiente*<sup>23</sup>.

En este punto, Jevons no fue fiel a su costumbre de contrastar sus fuentes de información, y no pudo apreciar, por tanto, que cada clase era más “independiente” de lo que suponía. Hacia 1874 se ha calculado que las instituciones de ayuda mutua cubrían en torno a dos tercios de los trabajadores adultos varones; y nada casualmente, como concluye F. M. L. Thompson, fue “el poderoso impulso hacia la independencia y la confianza en uno mismo que alentó este movimiento de ayuda propia, (...) uno de los factores más influyentes que articuló y organizó una masa trabajadora británica extremadamente suspicaz ante el Estado y hostil ante muchas formas de intervencionismo gubernamental”<sup>24</sup>.

Equivocado o no, lo cierto es que Jevons había escorado su atención investigadora hacia los problemas económicos vistos desde un ángulo social e institucional. Foxwell, un amigo íntimo de Jevons durante su etapa de Londres, escribió sobre este cambio de dirección: “*Durante algunos años el Sr. Jevons se concentró con interés cada vez mayor en los estudios económicos. Su libro sobre **El Estado en relación con el Trabajo** fue un indicio de las nuevas sendas de investigación en que se adentraba, y estaba convencido del importante servicio que su sabio y sano juicio podía prestar al tratamiento de los acuciantes problemas sociales que ahora exigen solución. Otra línea de su polifacética actividad fue la investigación histórica y la bibliografía*”<sup>25</sup>.

Lo más sorprendente del giro de Jevons es que sus conclusiones finales se acercan a las de su detestado Mill<sup>26</sup>. Al igual que el autor de los *Principios de Economía*

---

<sup>23</sup> Memoria remitida a la *Manchester Statistical Society* en 1869, reeditada en **Methods of Social Reform**, Londres, 1883, p. 189.

<sup>24</sup> F. M. L. Thompson, “¿Peculiaridad británica?...”, pp. 336-337.

<sup>25</sup> Citado en **Papers and correspondence...**, pp. 50-51. Si seguimos confiando en Foxwell es posible criticar a Keynes, autor que consideraba que en el momento de su muerte Jevons había culminado su obra. De hecho, para Keynes, la obra de Jevons se desarrolla durante sus años de juventud (1857-1865), momento en el que “demostró su genio, su divina intuición y su ardiente sentido de la vocación”; después su obra decae. Entre los trabajos que dejó inconcluso se sabe de la existencia de unas notas para un libro sobre la filosofía de Mill y un estudio sobre las relaciones entre ciencia y religión.

<sup>26</sup> Las opiniones negativas de Jevons sobre Stuart Mill le llevaron a afirmar en 1875 que “*Empiezo a creer profundamente que la auténtica estirpe de la ciencia económica descende de Smith, a través de Malthus, hasta Senior, mientras que otra rama, que a través de Ricardo conduce a Mill, ha llevado a la ciencia más errores que verdad*”. **Letters and Journal...**, p. 344. Las opiniones de Mill pueden seguirse en W. J. Barber, **Historia del pensamiento económico**, Madrid, 1990, pp. 97-98.

*Política*, en Jevons se atisba el inicio de una ruptura con la ortodoxia en lo tocante al papel económico del Estado. Así, en estos años, vinieron al primer plano de su atención las empresas públicas (por ejemplo, el servicio de correos), y escribió más de un artículo sobre los departamentos de expedición postal y telegrafía<sup>27</sup>. Obviamente, Jevons no llegó a promover un activo programa de intervención estatal en la vida económica, pero, al igual que Mill, subrayó la importancia económica del papel “civilizador” del Estado, como propulsor de mejoras en los servicios educativos y culturales (parques, ocio popular). Y ambos autores, como sus predecesores clásicos, criticaron la administración del subsidio de pobres, porque tenía efectos perniciosos sobre la movilidad de la mano de obra y su asignación a los usos más eficaces desde el punto de vista social<sup>28</sup>. Consciente de la ambigüedad de la doctrina liberal, que en lo económico abogaba por un liberalismo extremo mientras en lo social era favorable a una cierta protección estatal, Jevons adoptó en *El Estado y los Trabajadores* una cauta posición intermedia.

#### IV

El otro polo de atención del libro de Jevons, la clase trabajadora de su tiempo, aún se apoyaba en su herencia artesana, pero había pasado a engrosar las filas del proletariado industrial, se distinguía por una conciencia y un estilo de vida comunes, tendía a organizarse en sindicatos y en las décadas siguientes acabaría por identificarse con un partido de clase como el Laborista<sup>29</sup>. Sólo en Gran Bretaña los empresarios

---

<sup>27</sup> Este interés de Jevons por los servicios públicos se remonta a finales de la década de 1860 y fue retomado en sus últimos años de estudio. En gran medida, sus opiniones han llegado hasta nosotros a través de conferencias leídas en la *Manchester Stastitical Society* o en sus artículos periodísticos en el *Fortnightly Review* y el *Contemporary Review*. Varias de estas aportaciones fueron recopiladas tras su fallecimiento por su viuda en **Methods of Social Reform**

<sup>28</sup> Según Keynes, “consideraciones de conveniencia aconsejaron a Jevons, con el paso del tiempo, a escorar un poquito hacia la izquierda. [...] Siempre abogó por un elevado gasto público en el campo de la educación [...] y de los museos”. **Ensayos biográficos...**, p. 156.

<sup>29</sup> Sobre el debate en torno al surgimiento de la clase obrera británica puede verse E. P. Thompson, **La formación de la clase obrera en Inglaterra**, Barcelona, 1989 y E. Hobsbawm, “La formación de la clase obrera, 1870-1914”, en **El mundo del trabajo. Estudio histórico sobre la formación y evolución de la clase obrera**, Barcelona, 1987, pp. 238-263. El legado artesano que acompañó durante mucho tiempo la constitución de la clase obrera es uno de los objetivos del trabajo de F. Lenger, “Beyond Excepcionalism: Notes on the Artisanal Phase of the Labour Movement in France, England, Germany and the United States”, **International Review of Social History**, 36, 1991, pp. 1-23.



contaban entonces con una provisión de trabajadores especializados y con experiencia en la industria, muchos de los cuales lo eran gracias a su propio esfuerzo. Por supuesto, había obreros que habían leído libros de la cuerda del *Self-Help* de Samuel Smiles (1859) y, lejos de perseguir los ideales burgueses de lealtad y disciplina, buscaban en el trabajo un medio para dejar de ser obreros. La mayoría sabía, sin embargo, que estaba condenada de por vida a conservar su condición proletaria: las relaciones salariales habían acabado por ser puras relaciones de mercado, un mero vínculo monetario.

En la década de 1860 el capitalismo británico liberó a los trabajadores de las coacciones no económicas (como esas draconianas *Leyes de Amos y Criados* que les castigaban con prisión si incumplían sus convenios con los patrones), los contratos a largo plazo y el pago en especie. Los capitalistas contrajeron la duración de los contratos y el intervalo entre pago y pago llegó a contemplar no sólo la semana o el día, sino también la hora. Es cierto que se tendió al contrato rescindible con la mínima notificación por parte del trabajador, pero si estas medidas consiguieron flexibilizar el mercado laboral, los beneficios recayeron por lo general sólo sobre la clase media. Es más, la estrategia de los empresarios pasó por vincular salarios y producción por medio de sistemas de “trabajo a destajo” o pago por obra acabada. Pero la implantación de estos sistemas no fue un camino de rosas. Allí donde el salario era una tradición bien asentada, los destajos encontraron la fuerte oposición de los obreros especializados y de ciertas profesiones. Por suerte para los empresarios estas resistencias obreras revistieron poca importancia en los sectores más descualificados, franja en la que los patrones siempre podían contar con el ejército de reserva de mano de obra rural que esperaba ansioso ocupar sus puestos<sup>30</sup>.

Los empresarios se valieron del destajo para intensificar el trabajo e incrementar la productividad obrera. Trabajar así era una garantía frente a las “negligentes” costumbres obreras, al tiempo que permitía reducir los costes de la mano de obra y prevenir el aumento de los salarios más allá de un límite<sup>31</sup>. Las variaciones salariales dentro del taller -dependiendo de los grados de cualificación- eran igualmente beneficiosas para los empresarios. Es más, en ocasiones el trabajador especializado

---

<sup>30</sup> E. Hobsbawm, *La era del capital...*, p. 228.

<sup>31</sup> La inculcación de la disciplina por parte del capitalismo industrial y la consiguiente oposición a las formas de trabajo obrero, en E. P. Thompson, “Tiempo, disciplina de trabajo y capitalismo industrial”, en *Costumbres en común*, Barcelona, 1995, pp. 395-452.

acabó siendo un subcontratista al que se pagaba por rendimiento, y que a su vez se valía de auxiliares no cualificados retribuidos a jornal (razón por la que el subcontratista les forzaba a mantener un alto ritmo de producción). En suma, la difusión de estos sistemas de retribución acabó por dividir a los trabajadores.

Al igual que en los siglos precedentes, la inseguridad siguió siendo el rasgo básico de la vida de los obreros durante el siglo XIX. Los menestrales que para subsistir estaban obligados a vender en el mercado su mano de obra, no contaban con trabajos estables y su “horizonte de expectativas” al comenzar la semana era escaso. No sabían la duración de su trabajo y, si lo perdían, el tiempo que tardarían en conseguir otro. Los salarios servían para mantener a sus familias, pero la inseguridad obligaba a que la economía doméstica estuviese formada por los ingresos de todos sus miembros, ya fuesen mujeres, niños o ancianos. Las chapuzas, el contrabando, la obtención de bienes en el mercado negro, el robo de género en los talleres o el hurto de alimentos, formaban parte de la peculiar *economía de la improvisación* de los pluriactivos hogares populares. Muchas parejas recién casadas aumentaban sus escasos ingresos con el trabajo de la mujer, quien, aunque ganaba menos que su marido, se dedicaba a diversos sectores de la industria, el servicio doméstico y la venta al menudo. Pero la integración femenina en el mercado laboral y, por ende, los ingresos familiares, dependían estrechamente del ciclo reproductor femenino. Estos ingresos también dependían de la edad, pues los cuarenta años para los obreros no cualificados, o los cincuenta para los más capacitados, marcaban el momento en que los padres dejaban de trabajar. Entonces la economía familiar se trastocaba por completo. Y ¿qué decir cuando los trabajadores sufrían un accidente o enfermaban? Entonces no había nada semejante a la moderna seguridad social, excepto la caridad y la limosna para la miseria real, y en ocasiones en muy escasa medida. Como ha afirmado E. Hobsbawm, “la inseguridad era para el mundo del capitalismo el precio pagado por el progreso y la libertad, por no hablar de la riqueza, y era soportable por la constante expansión económica”<sup>32</sup>.

El crecimiento económico amortiguaba los efectos perniciosos de la inseguridad. Entre 1850 y 1875 el Reino Unido conoció un período expansivo en el que los salarios

---

<sup>32</sup> E. Hobsbawm, **La era del capital...**, p. 229. La persistencia de la lógica precapitalista de los obreros contemporáneos puede seguirse al compararse el comportamiento económico de los artesanos de la Edad Moderna. R. S. Duplessis, **Transiciones...**, pp. 361-362; y P. Kriedte y otros, **Industrialización...**, pp. 65-113. Las diferencias entre salarios masculinos y femeninos, cada vez más desfavorables a los segundos, en C. Lis y H. Soly, **Pobreza y capitalismo...**, pp. 91 y ss. El concepto de *economía de la improvisación* en O. Hufton, **The poor of Eighteenth-Century France, 1750-1789**, Oxford, 1974.

subieron 36 puntos, aunque ese aumento no fue lineal (en 1855 los obreros habían perdido poder de compra). Si hubo un empeoramiento coyuntural del coste de la vida entre 1854 y 1855 -y Jevons lo constató en persona al tener que emigrar a Australia-, lo cierto es que entre 1850 y 1870 no se produjo ninguna manifestación seria de descontento social, en contraste con las conflictivas décadas de 1830 y 1840<sup>33</sup>.

En buena medida esto era así porque la gran expansión económica estaba proporcionando empleo a unos niveles nunca vistos, lo que a su vez explica el aumento demográfico de cinco millones de británicos entre 1851 y 1871 (concentrados en las regiones más industrializadas, Inglaterra y Gales). La industria se encargó de absorber buena parte del excedente demográfico, mientras la emigración a América hizo el resto: casi cuatro millones de ingleses cruzaron el Atlántico durante esos años. En suma, ni hubo paro ni escasez de mano de obra.

La demanda de trabajo era muy amplia, pero los obreros especializados seguían realizándolo como siempre. Sus incentivos se basaban en el conocimiento del oficio y el orgullo profesional (lo que Jevons llamaba irónicamente “el imaginario derecho de propiedad del oficio”). En verdad, estos incentivos eran ajenos al capitalismo, pero no impidieron que estos hombres fuesen las “verdaderas máquinas” de este período. Sacaban el trabajo adelante pese a que no aceptaban fácilmente las órdenes y la supervisión, y solían estar al margen de un control efectivo, excepto el control colectivo de su taller. Más a menudo de lo que pensamos, estos obreros eran hostiles a los salarios por pieza y a cualquier método de acelerar las tareas difíciles, aunque esto no siempre coincidiese con los intereses del empresario. Con ello, se oponían a bajar la calidad de un trabajo del que se sentían orgullosos y dueños. A pesar de que su lema era “una jornada laboral por el jornal diario”, su verdadera meta no era la paga final sino que todo el mundo, incluidos ellos mismos, se sintieran satisfechos con su trabajo<sup>34</sup>.

Hasta aquí hemos hablado de los obreros especializados, pero ¿podemos englobar a “los obreros” en una sola categoría o clase? ¿Qué unía a grupos con orígenes sociales distintos, con diferente formación y situación económica? La pobreza no era la

---

<sup>33</sup> R. A. Church, **The Great Victorian Boom, 1850-1873**, Londres, 1973, p. 72.

<sup>34</sup> Lema en el que los obreros del XIX volvían a coincidir con los artesanos de la Edad Moderna. Véase al respecto, J. Breuilly, “Artisan economy, artisan politics, artisan ideology: the artisan contribution to the nineteenth-century European labour movement”, en Clive Emsley y J. Walvin (eds.), **Artisans, Peasants and Proletarians, 1760-1860**, Londres, 1985, pp. 187-225; J. Rule, “The property of skill in the period of manufacture”, en P. Joyce (ed.), **The Historical Meaning of Work**, Cambridge, 1987, pp. 99-118 y J. R. Farr, **Artisans in Europe, 1300-1914**, Cambridge, 2000.

única clave de esta unidad, pues si el grueso de los ingresos de los trabajadores manuales destacaba por su modestia, también había “artesanos” especializados bien pagados y con empleos más o menos fijos -esos que los domingos imitaban los vestidos y comportamientos de la clase media- y que destacaban entre la falange de muertos de hambre que ni tenía para vestidos ni para dar un mendrugo de pan a su prole. El vínculo era el sentimiento hacia el trabajo manual y la explotación, destino común que les obligaba a ganar un jornal. Estaban unidos por la creciente segregación a que les sometía esa burguesía que, al tiempo que aumentaba espectacularmente su opulencia, se iba cerrando a los intrusos. Por último, la conciencia común obrera también fue posible por la adopción de un estilo de vida propio, que en las ciudades se fue moldeando principalmente en esos círculos de sociabilidad que representaban las tabernas<sup>35</sup>.

Estamos viendo que el paisaje social de las ciudades y regiones industriales estaba formado por un heterogéneo grupo de trabajadores. Y esa heterogeneidad obrera aumentaba en la “edad del capitalismo” porque el liberalismo triunfante ofrecía a la “clase obrera” la posibilidad de mejorar su suerte mediante la organización colectiva. Buena prueba de ello fue la creciente importancia de los sindicatos en la década de 1860. Los especialistas de la industria mecánica, los artesanos de vetustas ocupaciones y los obreros del algodón sostuvieron fuertes sindicatos locales, más o menos unidos nacionalmente<sup>36</sup>; mientras tanto, otras sociedades nacionales se coordinaban como era el caso de la *Sociedad Unida de Ingenieros* (1852) o la *Sociedad Unida de Carpinteros y Ensambladores* (1860). Estas organizaciones aglutinaban a una minoría obrera, pero no eran insignificantes y, en casos de especialización, llegaron a ser mayoría. Es más, desde 1860 el proletariado volvió a la escena, y aunque lo hizo de forma menos turbulenta que antes, su surgimiento fue muy rápido e inesperado, y pronto fue seguido del socialismo, la ideología que se había identificado con sus movimientos. No en vano, la Internacional se fundaba en Londres en 1864<sup>37</sup>.

Los más acérrimos defensores del liberalismo dejaron hacer porque se percataron

---

<sup>35</sup> E. Hobsbawm, **La era del capital...**, pp 232-233.

<sup>36</sup> J. Breuilley, “Una comparación del movimiento obrero político en Gran Bretaña y Alemania entre 1850 y 1875”, **Debats**, 17, 1986, p. 80 apunta a que se puede pensar que la razón fundamental del declive de un movimiento obrero político e independiente fueron el alcance y el tipo de prosperidad posterior a 1850 y en especial su influjo sobre grupos decisivos de obreros cualificados.

<sup>37</sup> E. Hobsbawm, **La edad del capital...**, p. 120.

de que la mejor fórmula para contener la organización y las actividades de la clase obrera pasaba por su reconocimiento. El potencial electoral de esta clase emergente fue captado por el demagogo Disraeli, y en la década de 1860 se permitieron ciertas organizaciones -a las que se excluyó de la actividad política directa-, así como huelgas limitadas de la clase trabajadora. Entre 1867, año en el que se concedió el derecho a voto a los trabajadores mejor situados, y 1875, se eliminaron los más importantes obstáculos legales a los sindicatos obreros y al derecho de huelga. Apenas hubo protestas. En 1868 se creó la primera gran estructura estable que agrupaba a los distintos sindicatos de oficio, la *Trade Unions Congress* ó TUC. Su principal objetivo era presionar al parlamento para que adoptase medidas favorables a los trabajadores. Fruto de esta actuación y del crecimiento sindical -en 1871 ya contaban con más de un millón de afiliados-, se reconocieron las asociaciones obreras, y en 1875 se eliminaron muchas de las trabas que dificultaban su actuación frente a los empresarios. Éstos y los trabajadores pasaron a ser partes iguales de un contrato civil, mientras que la negociación colectiva obtuvo sanción legal. Dicho reconocimiento sindical corrió paralelo a la ola huelguística que sacudió el continente en los años 1860-1870 y que llegó a su clímax en Inglaterra entre 1871-1873<sup>38</sup>.

El sindicalismo permitió la formación de un tejido de defensa y de una cultura obrera -basada en la lealtad al oficio y la solidaridad de clase- diferente a la cultura burguesa del momento. En el debe de este modelo sindical está la introducción de una importante división en el seno de la clase obrera, desde el momento en que excluía a los trabajadores que no habían pasado por el aprendizaje. Al ser rechazados por los sindicatos y las sociedades de socorros mutuos (sólo aceptaban a los obreros con salario estable y relativamente alto), los operarios no admitidos crearon unas sociedades propias que tendrían mucho peso en la nueva etapa abierta para el sindicalismo británico tras la crisis económica de la década de 1880. Porque lo cierto es que tanto conservadores como sindicalistas habían previsto para la década de 1880 un futuro de lucha de clases y la formación de un partido obrero. Pero ese futuro no se materializó debido a que a la división obrera le siguió la “ola de imperialismo” que barrió el país<sup>39</sup>.

---

<sup>38</sup> M. Aizpuru y A. Rivera, **Manual de historia social del trabajo**, Madrid, 1994, pp. 175-176.

<sup>39</sup> Los historiadores de la clase obrera sitúan en la década de 1880 el renacimiento del socialismo en Gran Bretaña. Puede que fuese pura casualidad, pero ese renacer coincidió con los inicios de la transformación del sindicalismo -lo que se ha convenido en denominar el “nuevo” sindicalismo- y la espectacular caída del coste de la vida durante la llamada Gran Depresión de 1873-1896. Sobre la previsión del futuro conflictivo y la ola imperial, Gareth S. Jones, “Cultura y política obreras en Londres, 1870-1900: Notas

Podemos seguir con la división obrera con el fin de entender mejor las estrategias desplegadas por el capitalismo liberal en relación con los trabajadores. El liberalismo ofrecía al obrero individual claras perspectivas de prosperar, pero esto no estaba al alcance de la mayoría de trabajadores, y la clase obrera acabó dividida entre trabajadores “respetables” y “no respetables”. En otras palabras: los “artesanos inteligentes” (a los que los radicales de clase media ansiaban conceder el voto) acabaron por diferenciarse de las peligrosas masas harapientas a las que se decidió seguir excluyendo.

A mediados del siglo XIX con la “respetabilidad” de la clase obrera se expresaba tanto la penetración de los valores de la clase media como un movimiento de lucha colectiva basado en la sobriedad, el sacrificio y la recompensa aplazada. De este modo, el obrero especializado, capaz e inteligente, se revelaba como el puntal del control social y la disciplina industrial preconizada por la clase media, pero también podía llegar a formar parte del activismo de la autodefensa obrera colectiva. Los del primer grupo estaban cómodos con el capitalismo, de modo que aparcaron la revolución social *sine die*. Los del segundo grupo entendieron que el liberalismo y su mercado libre no iban a garantizar sus derechos y mucho menos la cobertura de sus necesidades, por lo que su consigna era “organización y lucha“. En la década de 1860 esos obreros decidieron unirse al partido liberal y así comenzó la cooperación entre la *Reform-liga*, la organización política obrera más importante en esos años, y el partido liberal. El objetivo de esta coalición era la reforma electoral, y sus primeros logros se plasmaron en la celebración de las elecciones generales de 1868, las primeras después de la nueva ley de sufragio de 1867. Estos fueron los primeros pasos de la política “*lib-lab*” (cooperación entre “*liberales*” y “*labour*”), que sería determinante para el movimiento obrero en Gran Bretaña hasta el comienzo de la Gran Guerra. Aunque les pesara a socialistas revolucionarios como William Morris, los “obreros conscientes” asumieron su fracaso político yendo de la mano de los liberales durante muchos años.

## V

---

sobre la reconstrucción de una clase obrera”, en **Lenguaje de clases...**, p. 175 y E. Hobsbawm, **La era del Imperio, 1875-1914**, Barcelona, 1989. Lo cierto es que el conflicto laboral en forma de huelga *nacional* o cierre patronal no existió antes del decenio de 1890. De hecho, J. E. Cronin demuestra que ni siquiera la huelga probó su utilidad hasta después de 1870, y el convenio colectivo negociado a escala nacional brilla por su ausencia antes de 1890. J. E. Cronin, “Strikes 1870-1914”, en C. J. Wrigley (ed.) **A History of British Industrial Relations 1875-1914**, Brighton, 1982, cap. 4.

Jevons expone en el prefacio a *El Estado y los Trabajadores* su objetivo a la hora de escribir el libro y su conclusión principal: “*Urge explicar, en la medida en que esto sea posible, por qué defendemos por norma el principio del **laissez faire** al tiempo que en multitud de casos particulares invocamos la intervención de las autoridades locales o centrales... La conclusión de nuestra investigación es que en estos asuntos no pueden establecerse reglas claras e inequívocas, sino que es preciso juzgar cada caso en detalle y por sus propios méritos*”<sup>40</sup>.

La importancia de la clase trabajadora -e incluso del movimiento obrero- hizo que hasta los más furibundos defensores del liberalismo tuviesen dudas al aplicar *strictu sensu* sus teorías en el aspecto laboral. Jevons no escapó a esta tendencia y, en consecuencia, en el prefacio a *El Estado y los Trabajadores* no consideraba incompatible ser “*acérrimo partidario del libre comercio*” y defender una “*regulación de la industria nacional*”. Consciente de las rémoras pasadas que lastraban su propuesta, defendía que se dejase de lado “*todo discurso agravante, todo rencor de clase*”. Tal vez por ello, el mismo Jevons no criticaba abiertamente las propuestas de transformación social emanadas de Babeuf u Owens. Sin embargo, pese a la opinión de Jevons, la lucha de clases no podía eliminarse tan fácilmente en un momento en que los bandos daban muestras de creciente hostilidad.

Ahora bien, en *El Estado y los trabajadores* no aparecen ni las grandes movilizaciones obreras de Peterloo u Oldham, ni los movimientos luditas. Es cierto que menciona otras huelgas -las de Dorset, Preston o Londres de la década de 1850-, pero en general Jevons opta por mostrar más los grandes logros legislativos de la era victoriana que las movilizaciones de los trabajadores. Enemigo de las huelgas obreras, dedica sus últimos esfuerzos como investigador a analizar meticulosamente los precedentes legislativos en materia laboral, desde el Libro de los Estatutos a la Ley de Fábricas y Talleres de 1878<sup>41</sup>.

Este repaso a la legislación le sirve a Jevons para avanzar en el objetivo básico

---

<sup>40</sup> **El Estado y los Trabajadores**, p. 11 de la presente edición.

<sup>41</sup> Hasta Jevons ningún autor había conseguido fundir la teoría y la historia. *El Estado y los trabajadores* es buena prueba de ello, aunque el mayor logro en este sentido se encuentra en *La Cuestión del Carbón*, obra donde un ingente material histórico sirve de apoyatura empírica a sus tesis. Valga un ejemplo: los números-índice que aporta se remontan al siglo XVIII y el examen de las estadísticas de las cosechas lo hace a lo largo de varios siglos. Como afirmaba Keynes, Jevons poseía desde su juventud “una tendencia espontánea a situar en el tiempo sus estudios inductivos, y a indagar los orígenes históricos de toda teoría que le interesara”. **Ensayos biográficos...**, p. 151.

de su estudio, a saber: analizar los métodos y límites que convienen a la legislación laboral. Consciente de su contradicción a la hora de defender el liberalismo imperante y la regulación estatal, Jevons encuentra en el bienestar social el factor que legitima su propuesta. Por ello, en su intento de conciliar el “inglés nacido libre” y la regulación, comienza alegando los efectos de la falta de legislación, es decir, los miles de personas que morían a causa de las pésimas condiciones laborales<sup>42</sup>. En este sentido, el papel que Jevons reserva al Estado en materia laboral es la ampliación, y no la limitación, de la libertad del trabajador. Para alcanzar este fin, Jevons analiza la idoneidad del control directo del trabajador y sus organizaciones por parte del Estado<sup>43</sup>.

Jevons parte de un axioma: la libertad es el estado natural de las cosas, lo que no impide que en ciertos casos se justifique la ingerencia del Estado. Admite que la *“legislación laboral casi siempre ha sido una legislación clasista, es decir, el intento de un grupo dominante de someter a una clase inferior que había comenzado a mostrar aspiraciones inconvenientes”* y, para dejar claro su argumento, trae a colación el Libro de los Aprendices. Sin embargo, el propósito de la intervención oficial que se aplicaba en la industria de la época de Jevons -y que él apoyaba- no tenía nada que ver con las reglas precedentes, pues lo que se pretendía era que los funcionarios asistiesen y protegiesen a la sociedad *“en ciertos ámbitos específicos”*, lo que redundaría en una mayor *“eficacia y utilidad”*<sup>44</sup>. Es decir, el papel del Estado debía reducirse a los sectores sensibles de la actividad económica, como los dirigidos a la supervisión de productos que implicasen riesgos especiales o en los que los particulares fuesen incapaces por sí mismos de juzgar y supervisar adecuadamente las mercancías<sup>45</sup>.

Vistos los casos en que la ingerencia estatal estaba justificada, Jevons plantea un repaso a la legislación fabril entonces vigente, sus precedentes en el siglo XIX y sus efectos sobre los operarios (atendiendo sobre todo a la reducción de jornada, a la que Jevons se opone), las operarias (analizando la oposición de los sindicatos a su participación fuera del hogar) y el trabajo infantil y juvenil (oponiéndose Jevons al

---

<sup>42</sup> La defensa de Jevons de la libertad y la confianza en el sistema legal británicos queda expuesta al afirmar “La libertad del individuo es para los ingleses un derecho irrenunciable y un principio fundamental de nuestro sistema legal”.

<sup>43</sup> **El Estado y los Trabajadores**, p. 35.

<sup>44</sup> *Ibid.*, p. 44.

<sup>45</sup> *Ibid.*, p. 48.



trabajo esclavo que suponía el aprendizaje)<sup>46</sup>. Jevons no carga la responsabilidad de los males de los trabajadores en las medidas legislativas sino en la política errónea de los sindicatos y los vestigios de una forma tradicional de organizar la producción (y su consiguiente lastre cultural). Llegados a este punto, llama la atención cómo en la industrializada Gran Bretaña de la penúltima década del siglo XIX, autores como Jevons todavía podían percibir que el capitalismo industrial había sido incapaz de eliminar dichos vestigios. El sistema de aprendizaje era uno de ellos y Jevons lo criticaba abiertamente: *“Los ingleses estamos resueltos a acabar con la esclavitud en cualquier parte del mundo, pero ignoramos que aquí mismo, en Londres, los padres pueden entregar (y de hecho entregan) a sus hijos a la esclavitud y a la desdicha, amparándose en una ley que deberíamos considerar una reliquia de tiempos semibárbaros”*<sup>47</sup>.

Abierta la vía de la crítica a ciertas rémoras del pasado, Jevons aborda la parte más difícil de su estudio: la relación del Estado con las organizaciones obreras (sin distinguir los gremios de los sindicatos modernos). En línea con su ferviente individualismo, desacredita a todas estas asociaciones acudiendo a la autoridad de los economistas, colectivo que las había condenado casi en su totalidad<sup>48</sup>. Y critica algunas de las teorías que sustentan estas asociaciones: en concreto, la teoría del fondo salarial (responsabilidad de su odiado J. Stuart Mill, al que no cita), así como la teoría sindical de los salarios. Y se extiende en estas teorías porque para él el conflicto entre trabajo y capital es un mito. Jevons concluye que: *“El conflicto verdadero se da entre los productores y los consumidores. El empleador capitalista es una parte del sistema productivo y su conflicto natural se produce con el consumidor que adquiere sus bienes. Pero en su función de adelantar a los trabajadores su salario se enfrenta a un conflicto adicional, esta vez con la clase trabajadora. Así pues, el capitalista recibe todos los golpes y soporta todo el embate de la batalla económica, mientras que el consumidor a la larga siempre sale ganando”*<sup>49</sup>.

---

<sup>46</sup> En el apartado del trabajo femenino Jevons ampliaba sus opiniones avanzadas en enero de 1882 en su artículo “Married Women in Factories” aparecido en *Contemporary Review* e incluido en **Methods of Social Reform...**, pp. 156-179.

<sup>47</sup> **El Estado y los Trabajadores**, pp. 71-72.

<sup>48</sup> *Ibid.*, p. 91.

<sup>49</sup> *Ibid.*, p. 85.

Desmontadas las “*falsas*” teorías salariales defendidas por los obreros, Jevons carga las tintas sobre el ya referido “*imaginario derecho de propiedad sobre el oficio*”, otro de los soportes doctrinales del obrerismo (y en clara deuda con los orígenes artesanos del movimiento obrero). Para Jevons los monopolios privados tenían efectos sociales negativos, pues los intentos de elevar los salarios impidiendo el ejercicio profesional a otras personas -para hacer escaso ese tipo de trabajo- redundaban en una penalización a los demás. Por ello, Jevons se entromete de lleno en la ideología obrera al sostener que los trabajadores estaban equivocados al pensar que todos tenían los mismos intereses. En su opinión debían entrar en el juego competitivo del capitalismo, pues “*son y deben ser competidores*”. Y los sindicatos estaban condenados al fracaso ya que era imposible que lograsen un “*aumento salarial global permanente*“. En conclusión, la supervivencia de un monopolio profesional siempre era a costa de grandes pérdidas y daños para el interés público<sup>50</sup>.

En materia sindical Jevons no era consciente de las contradicciones de su discurso liberal. Había interiorizado que los sindicatos podían apelar a la “*tiranía social*“, pero no abogaba por impedir su formación ni regularización; e incluso defendía las Leyes de Coaligación que habían convertido a estas asociaciones en “*conspiraciones secretas*“. Estas contradicciones las resolvía apelando a la experiencia, pero estaba claro que tanto él como el gobierno debían explicar a sus compatriotas por qué la asociación obrera había pasado de ser un delito de sedición para convertirse, mediante las Leyes de Sindicatos de 1871 y 1876, en un acto legal, susceptible de registrarse y de homologarse con las mutualidades autorizadas<sup>51</sup>.

El peligro de estas sociedades, a las que Jevons insiste en reconocer su derecho al registro, estaba en el desarrollo de las huelgas. Su repugnancia hacia las movilizaciones obreras es evidente: “*las huelgas son inútiles y dañinas*”, y “*nada es más evidente que la inutilidad de hacer huelga en épocas de recesión de la demanda*“. Su oposición a la resistencia obrera le llevó incluso a criticar la conocida creencia de que las huelgas producen aumentos salariales. Lejos de la presión sindical, los aumentos salariales eran fruto del libre comercio (que “*ha convertido al mundo entero en nuestros clientes*”), así como del propio sentido común de los trabajadores<sup>52</sup>. Y su

---

<sup>50</sup> *Ibid.*, p. 90.

<sup>51</sup> *Ibid.*, pp. 92-95.

<sup>52</sup> *Ibid.*, p. 98.

individualismo extremo le permitía concluir con una afirmación que la historia posterior se encarga de desmentir: *“el único sistema realmente efectivo para demandar mejoras laborales es que cada trabajador lo haga individualmente cada vez que tenga una oportunidad clara de mejorar su situación”*<sup>53</sup>.

Jevons apunta contra el arma más efectiva de los trabajadores para defenderse de los ataques de sus patronos: “la conspiración“, o los acuerdos entre obreros con el fin de lograr aumentar los salarios. Esta unión obrera se consideraba un atentado contra el bien común, contra el bienestar público, y, por ende, susceptible de ser castigada como falta con multa y prisión. Es decir, cualquier acuerdo de los trabajadores se consideraba como un delito de sedición -como se definía en el Libro de los Estatutos- y como tal castigado con el mayor rigor. Pero Jevons no abogaba por eliminar esta legislación, pues de hacerlo *“nadie estaría a salvo si se considerara legal la realización ilimitada de boicots”* Por ello, para Jevons, pedir la total abolición de La Ley de Conspiración era insostenible. *“Si se accediera a esta petición, se daría a cualquier puñado de hombres medios legales para coaccionar a la comunidad hasta el punto que quieran”*<sup>54</sup>.

El miedo burgués a la movilización obrera aflora en su análisis de la conflictividad laboral y sus consecuencias. Tal vez influido por la Comuna de 1871 y, sobre todo, por la gran huelga de ferrocarriles estadounidenses de 1877, Jevons afirma que *“una huelga de grandes proporciones podría adquirir, a partir de cierto punto, el carácter de un levantamiento popular”*<sup>55</sup>. Pero sabía que no se podía seguir considerando sedición las uniones obreras y, por ello, acababa condenando que a los trabajadores de Dorset se les sentenciase con siete años de deportación a una colonia penal por una *“simple huelga”*. Jevons coincidía en este punto con algunos de los más *“esclarecidos defensores del movimiento obrero”*, al sostener que la policía ordinaria debía ser la responsable de resolver los problemas ocasionados por los trabajadores. Por ello, afirmaba, *“una cosa es sostener que deba seguir existiendo el delito de conspiración y otra decir que haya que castigar todo tipo de conspiración. La*

---

<sup>53</sup> *Ibid.*, pp. 99-100. También sorprende su defensa de los factores no económicos a la hora de analizar los conflictos laborales. De hecho, estimaba que la cuestión económica solía ser la parte menos relevante del problema. p. 130.

<sup>54</sup> *Ibid.*, pp. 109-110.

<sup>55</sup> *Ibid.*, p. 110.

*conspiración es una cuestión especialmente gradual*”<sup>56</sup>. Para añadir a continuación que en los casos de “*ciertos deberes esenciales para la vida de la nación*” alguna autoridad legal pueda, “*como último recurso*”, obligar a los ciudadanos a realizar esos trabajos (alimentar fogones de gas, reparar una conducción de agua o extraer carbón de las minas). En suma, una especie de servicios mínimos en sectores estratégicos<sup>57</sup>.

Su oposición a las diferentes manifestaciones de conflictividad obrera le servía para advertir que “*la sociedad y el legislador deben estar ojo avizor respecto de todas estas organizaciones y no tener ninguna clase de escrúpulos en reformarlas tan pronto como se aparten de sus buenos propósitos originales*”<sup>58</sup>. Y esta vigilancia le llevó a elaborar el denominado *principio de degeneración de las asociaciones*, por el que toda sociedad que se perpetúa tiende a apartarse de sus propósitos originales. Su esperanza ciega en un mundo más armónico, en el que la lucha de clase desapareciese, le lleva a percibir un cambio de estrategia en los sindicatos, de manera que aquellos que anteaayer eran “*saboteadores y conspiradores de medianoche*” aún podían convertirse, gracias a la ley, en dignos y honrados trabajadores preocupados en deliberar sobre los medios y fines de la legislación. Y, sin dejar de lado sus propios prejuicios de clase, se lanza a reconocer que ciertos sindicalistas “*han dejado de lado intereses y tontas falacias clasistas y discuten muchas de las cuestiones sociales más importantes de nuestro tiempo*”. Claro que, en un ejercicio de visionario, también afirma que “*a medida que los trabajadores vayan adquiriendo todos los derechos que les corresponden, sus dirigentes se volcarán a la noble tarea de inculcarles los deberes de la ciudadanía*”<sup>59</sup>.

Interesado en estudiar las causas del conflicto laboral, Jevons analiza el papel de las cooperativas como una de las fórmulas posibles para instituir relaciones más sólidas entre trabajadores y capitalistas. En esta línea sostiene que “*la mitad de la saña que vemos en los conflictos laborales nace de los sentimientos anticapitalistas de los trabajadores, que creen que la posesión de capital les está negada por la misma naturaleza de las cosas y llegan a considerarla contraria al **esprit de corps** de su clase*”. A través de las cooperativas, alega Jevons, los trabajadores pueden llegar a

---

<sup>56</sup> *Ibid.*, p. 110.

<sup>57</sup> *Ibid.*, p. 113.

<sup>58</sup> *Ibid.*, p. 104.

<sup>59</sup> *Ibid.*, p. 104-106.

reconocer lo errado de este argumento, desde el momento en que la cooperativa convierte al trabajador en un pequeño capitalista, “y en cuanto sus activos comienzan a crecer visiblemente, raro sería que finalmente no se le despierte el gusto por la acumulación”<sup>60</sup>.

Pero hacia 1880 el movimiento cooperativo británico había pasado sus mejores momentos y mostraba todas sus limitaciones<sup>61</sup>. Por supuesto, Jevons achaca este fracaso a la oposición de los sindicatos poderosos y a la ideología imperante tanto desde el lado obrero como desde el empresarial:

*“La doctrina hoy dominante sostiene que los intereses de un trabajador están ligados a los del resto de los trabajadores, y los de un empleador a los de los demás empleadores. Pero tarde o temprano se verá que las divisiones de la industria deberían trazarse en sentido vertical, no horizontal. Los intereses del trabajador deberían vincularse con los de empleador, y medirse en justa competencia contra los intereses de otros trabajadores y empleadores. De este modo no habría salarios arbitrarios, huelgas organizadas ni largos conflictos, que tornan inciertos y peligrosos los negocios. El mejor trabajador buscaría trabajar para el mejor patrono y el mejor patrono buscaría emplear a los mejores trabajadores. El celo que hoy se pone en organizar el conflicto sería reemplazado por el celo para producir bienes más baratos y de mejor calidad. El trabajador fiel no sólo recibiría parte de los beneficios adicionales que pudieren derivarse de este esfuerzo, sino que se convertiría en un pequeño accionista de la empresa y participaría de beneficios tales como seguros y pensiones, que ésta podría prometerle con alguna certeza de solvencia”<sup>62</sup>.*

El fracaso de las cooperativas conduce a Jevons a poner énfasis en la conciliación y el arbitraje en aras a resolver los conflictos laborales. Para Jevons la experiencia inglesa confirma que la efectividad de los organismos de arbitraje viene marcada por la voluntariedad de las partes interesadas. Tomando el ejemplo francés de los *conseils de Prud’Hommes* y en una réplica de lo que serían los jurados mixtos, aboga por la creación de unas juntas de conciliación, formadas por patronos y

---

<sup>60</sup> *Ibid.*, p. 118.

<sup>61</sup> Fracaso que no pudo evitar que el trabajo de estos “*capitalistas en miniatura*” dejase una huella imborrable que fue seguida y admirada en muchos lugares del continente europeo. Así lo hacían contemporáneos como Fernando Garrido, en **Historia de las clases trabajadoras. IV. El trabajador asociado**, Madrid, 1973, pp. 44 y ss, (de donde procede la cita sobre el tamaño de los cooperativistas).

<sup>62</sup> **El Estado y los Trabajadores**, pp, 121-122.

trabajadores, para acabar concluyendo que la resolución de los conflictos laborales sería más sencilla sin abogados y legisladores, es decir, enfrentándose cara a cara patrón y trabajador. El mismo reconocía que esto era tarea difícil dado que el “*gran mal que aqueja a nuestros días es el divorcio total entre trabajadores y capitalistas*”<sup>63</sup>.

¿Cuál fue el veredicto del público a la propuesta de Jevons? Después de sus populares libros de texto, *El Estado y los Trabajadores* fue su publicación más vendida. En 1936 los números de la editorial Macmillan revelan que se habían vendido hasta la fecha 9.000 ejemplares, los mismos que los *Principios de Ciencia*, y eso teniendo en cuenta que este segundo libro se había editado ocho años antes. Tan sólo los 7.000 ejemplares vendidos de su *Teoría de la Economía política* hacían sombra a *El Estado y los Trabajadores*.

Puede que el éxito del libro radicase en la propuesta de un hombre prestigioso acerca de una cuestión polémica del momento. Cuando todos los intelectuales se lanzaban a la defensa del libre mercado, Jevons optaba por una vía intermedia en la que el Estado jugaba un papel relevante. Nuestro autor no llegaba a la defensa del Estado de Stuart Mill, pero era capaz de percibir que la tensión a la que había llegado la lucha de clases solo sería posible moderarla si eran atemperadas las consecuencias del avance del mercado. La obra de Jevons, y sobre todo *El Estado y los Trabajadores*, es un fiel exponente de la extraordinaria transformación y expansión económica acaecida desde mediados del siglo XIX. Este fue el período en el que el mundo se hizo capitalista y se replanteó el papel de algunas de sus instituciones más representativas de la mano de la presión del movimiento obrero. En suma, en este nuestro tiempo de terceras vías claudicantes y de vergonzosos retrocesos sindicales vale la pena revisar los productos ideológicos de esa época donde se sentaban las bases del mundo actual, so pena de quedar deslumbrados por imaginarios Palacios de Cristal que nos impidan entender el presente y nuestro próximo futuro.

José A. Nieto Sánchez

---

<sup>63</sup> *Ibid.*, pp. 136-137.